



SATIRA JOCOSA

DE LOS NOMBRES, COSTUMBRES Y PROPIEDADES DE LOS HOMBRES.



Escuche todo viviente,
el que nos quiera escuchar,
las faltas que entre los hombres
hemos llegado á notar,
pues que las de las mugeres
ya publicadas están,
y es menester que se cumpla
aquel célebre refran
que nos dejó Ciceron:
«lleve su cruz cada cual.»

Empecemos por los Juanes
que es el nombre mas vulgar,
y por lo mucho que abundan
puede que haya uno tal cual,
aunque semejante hallazgo
no se ha visto publicar.
A los Pedros, con los Juanes
los podemos igualar,

y á un elogio tan cumplido
no hay que añadir ni quitar,
á no ser que aseguremos
que entre un Pedro y entre un Juan
se repartió la malicia
y á los Pedros cupo mas.
No hay que fiar en los Pepes,
que es gente poco formal,
y si alguno hay juicioso
lo debe de confirmar,
porque el nombre de José
se inventó por Carnaval.
Los Franciscos inconstantes
desde fecha inmemorial,
han sido siempre maestros
en el arte de engañar;
dicen que hubo muchos buenos
en tiempo del padre Adan,

qué lástima que el diluvio
causase tal mortandad!
La memoria en los Manueles
tan escasa suele estar,
que para escribir su nombre
lo tienen que preguntar.
Si tratamos de los Luises,
cuánto malo hay que contar!
criticones, presumidos,
y egoistas á lo mas:
siempre están enamorados
sin quererlo confesar;
si acaso se despilfarran,
tan corta es la cantidad,
que no pasa de ocho cuartos,
y aun eso es un ejemplar.
Pasemos á los Antonios;
este ya es otro cantar,
mas no por eso se crea
que los vamos á elogiar;
¿quién se habia de atrever
á escribir tal necedad,
siendo fátnos, majaderos,
de trato superficial,
modestos en sus preguntas
y frívolos en requebrar?
Los Joaquines en paseo
no acostumbrañ saludar,
tampoco en exactitud
se supieron señalar,
y por eso y su reserva
no se hacen buen lugar.
Los Vicentes son muy buenos
para estar en sociedad,
por el estudio que hacen
de no decir la verdad.
Dicen que los Rafaeles
desperdician su caudal
en comprar chufas, bellotas,
huñuelos y agua de agraz.
De los Bernardos y Eusebios
se ha podido averiguar,
que rompen mucho calzado
por el afan de rondar.
Los Migueles se dedican
únicamente en bailar,

y los Cárlos se distinguen
por su afición á fumar.
Los Ramones son de aquellos
que aman con variedad,
y es fama que del espejo
no se saben apartar,
contemplando su figura
como cosa angelical.
Válgame Dios lo que puede
la pícara vanidad!
Los Gregorios quieren mucho
á su persona, no mas,
y esperando una ocasion
son mezquinos en gastar;
si nos tocase heredarlos
no hablaríamos tan mal.
Si alguna vez en tu mente
forjas un mundo ideal,
de seguro que no habita
ningun Andrés por allá.
Lo mismo que á los Andreses
se puede decir de un Blas,
pues ¿quién duda que en lo feos
son de una misma hermandad?
Hasta ahora no se ha dicho
baile bien ningun Tomás;
lo pesado de sus pies
causa esta calamidad.
En el rango de indiscretos
se deben de colocar
á todos los Bernabées
por órden de antigüedad.
Los Eduardos son constantes,
(esto si que es de admirar)
pero solo en las novelas
se les da esta propiedad.
Los Enriques se contentan
con tanta facilidad,
que con un par de lisonjas
se vuelven un mazapan.
Al pensar en los Pascuales,
qué memoria tan fatal!
nada bueno recordamos;
vaya una casualidad!
En punto á los Alejandro
difícil es acertar,

porque son tan solapados
que ¡quién les ha de juzgar!
atendida esta razon
no se les puede alabar,
pues en caso de haber dudas
piensa mal y acertarás:
así lo dice un adagio
contra nuestra voluntad.
En las armas de los Félix
se debiera de pintar
como simbolo una lengua,
por su continuo charlar.
Si se pierde algun Javier
altercando se ha de hallar,
pues por llevar la contraria
niegan que haya agua en el mar.
Para los Brunos, elogios
quisiéramos emplear,
pero es cargo de conciencia
el faltar á la verdad:
dejando de ser pesados,
teniendo formalidad,
y variando de pensar,
nunca puede ser imposible
ver alguno regular.
Sin embargo, prometemos,
como prueba de amistad,
por su conversion total.
Los Fernandos impetuosos,
vulvulos en general,
por no acusarse de burlas
se mueren sin confesar.
Los Victores, segun dicen,
tienen todos don de errar,
si aciertan alguna vez
será por casualidad.
Los Jacintos y Santiagos
se proponen el propósito
de quererlo ejecutar.
El chiste de los Tiburcios
si se averiguar,
si pensamos en ellos
no podemos continuar,

porque tan solo á su nombre
la mesa se va á Tetuan.
No hay historia verdadera
escrita por un Julian,
porque tienen abolida
la justa imparcialidad.
Los amigos de un Eugenio
no necesitan comprar
jarabe de adormideras
como le escuchan hablar.
¡Cuántas penas, cuántos sustos,
á sus padres dá un Beltran!
cuando chicos, cuando grandes,
en todo tiempo y edad.
Los Agustines y Jorges
no se mueven de un lugar,
pues la maldita pereza
no les permite el andar,
nacieron (no cabe duda)
para estar en un faual.
Todos los Bartolomées
tienen tanta terquedad,
que tratar de convertirles
es echar agua en el mar:
sin embargo, son garbosos
hasta la proligidad.
Los Felipes se complacen
en dar gusto á los demás,
pero es cuando está conforme
con su santa voluntad.
Los Genaros son tan sérios,
que si por la calle van,
por no mirarles el gesto
alguno se vuelve atras.
Los Dámasos taciturnos,
nunca dicen su pensar,
y que son enamorados
cuasi se puede afirmar.
Los Federicos en vida
se entretienen en chillar
y en dar bromas majaderas;
su mision es fastidiar:
pacientia recomendamos
al que los llegue á tratar,
y la bienaventuranza
fijamente alcanzará.

Los Braulios, nombre enfadoso,
difícil de pronunciar;
el primer impertinente,
Braulio se debió llamar.
En la vida de los Diegos
tanto malo hay que contar,
que fuera perder el juicio
el quererlo enumerar.
Los Angeles y los Justos
muy lejos de serlo están,
pues aunque son buenos nombres
à todos les sienta mal.
Lo mismo que à los Modestos,
¿quién se puede imaginar
lleven semejante nombre
notando su vanidad?
Los Plácidos y Venturas,
nombres de felicidad;
mas con toda esa fortuna
(cosa rara y singular),
solo comen calabazas
por dávida universal.
Olvidar à los Marianos
serà un acto de piedad,
porque solo desengaños
nos tendrían que escuchar.
Los Ignacios y Jacobos
son de un genio singular,
requiebran à una fantasma
lo mismo que à una deidad.
Los Fermínes y Florencios,
sin que sea ponderar,
parecen por lo delgados
unas cañas de pescar.
Los Domingos son celosos,
muy amigos de rondar,
y también hay quien afirma,
que les gusta regañar.
Fastidiados con su suerte
los Cristóvales están,
cuando no van al teatro

ó al sastre los viste mal.
Son temibles los Teodoros
si principian á enredar;
nada dejan en su sitio,
no se cansan de embrollar,
y las corridas de torros
es su afición especial,
sin duda por los destrozos
que allí logran presenciar.
Los Mateos son gastrónomos,
y en tratando de gastar,
apurán en golosinas
y en perfumes un caudal;
son bastante perezosos
y bostezan sin cesar.
Suelen à primera vista
los Baltasares gustar,
mas, cuidado con que hablen,
porque la ilusión se va.
Los Albaros y Facundos
acostumbran cantar mal,
y no es porque la afición
nunca les llegue à saltar,
pues suelen pasar la vida
en continuo solfear.
Los Isidros y Lorenzos
son, por singularidad,
buenos para consejeros,
aunque no pasan de hablar,
pues ninguna de sus prendas
sirvió para edificar.
Aquí dá fin el relato,
pues sería no acabar
el decir las cualidades
que abundan en los demás.
Los mayores corifeos
los hemos nombrado ya,
si os agrada su retrato
y conocéis la verdad,
echadles la bendición
por toda una eternidad.

F I N .